

Cuanto más generales y enciclopédicos sean, tanto más aleatorios y nocivos.

Si en vez de tener por primer objeto las ciencias o las letras por sí mismas, esto es, la investigación de la verdad y de la belleza, que solicitan al niño por sus atractivos propios, salvo a dirigirlo después hacia tal o cual fin práctico de un modo más particular, la enseñanza es ante todo y casi exclusivamente dirigida en vista de los programas de exámenes, los móviles más elevados de la inteligencia son, en la fuente, suprimidos o desviados de su destino.

El objeto de la educación no es almacenar en los espíritus, en un tiempo dado, una suma de nociones y fórmulas para ser producidas un cierto día.

El Estado reclama hombres inteligentes y capaces; no necesita espíritus cortados con la más perfecta perfección mecánica según el modelo de cierto examen.

En las *escuelas primarias* podrían ser radicalmente suprimidos los exámenes, ya ya. En los liceos o *escuelas medias* deberían ser cambiadas su forma y naturaleza y *reducido su número* a un máximo de 2 semestrales para los primeros años y 3 para los últimos. En las escuelas superiores deberían también ser reformados y mantenidos sólo para los estudiantes *no-asiduos*, sentando así en principio que los diplomas se ganan *por examen o por asiduidad bien comprobada*.

* * *

El buen maestro procura enseñar EN LA ESCUELA y es enemigo de imponer tareas que deban ser hechas por los alumnos fuera de la escuela.

* * *

Todo mecanismo de promoción, en la escuela primaria o en el colegio de 2.^a enseñanza, debe someterse al siguiente principio, formulado hace más de 21 años por la facultad de Medicina de París:

Favorecer la manifestación y el desarrollo de las diversas aptitudes especiales, que son a menudo características de las mejores inteligencias. Con ese fin admitir que los diferentes conocimientos inscritos en los programas puedan equivalerse y *suplirse*, sin pedir una omnisciencia que, tan general como insuficiente, dista bastante de ser prueba de superioridad intelectual.

Así se logra la *orientación o especialización natural*. La regla es NO ESTORBAR LAS VOCACIONES. Y esto es precisamente lo contrario de imponer o dictar vocaciones.

E. J. R.

Se explica que los intelectuales sientan la tentación de renovar la política y consideren a veces hacedera y aun fácil la empresa. El espectáculo de la política es generalmente de una gran vulgaridad. Los espíritus elevados, selectos, se sienten superiores al nivel que predomina en este medio; de ahí que juzguen su victoria fácil. La realidad les desengaña pronto. Esa gran masa de vulgaridad que hay en las agoras y los foros de las repúblicas, esa vulgaridad que se siente en sus asambleas y en las sillas de sus magistrados, es una masa ante cuya fuerza de inercia se estrellan a menudo las acometidas del espíritu. Los intelectuales no suelen caer en la cuenta de que gobernar una república es gobernar al común, al vulgo, y que para eso hace falta alguna vulgaridad. La vulgaridad es una fuerza política.

ANDRENIO